

M.M. (El abogado español)

El barco los dejó en el puerto de Southampton. En diligencia se dirigieron a Londres. Él, un abogado español de las provincias de ultramar españolas y ella una dama inglesa que lo había conocido en lo que muchos consideraban una colonia española con aires de libertad. Jamás se supo qué motivos la llevó. Se dijo que buscando a su marido, un oficial que participó en ambas invasiones inglesas al Río de la Plata del que jamás supo su destino. Alguien le aseguró que se había ido a la norteña ciudad de Salta y que había contraído enlace con una joven de buena familia.

Sus secretarios, su hermano Manuel y el otro de nombre Tomás Guido, siguieron viaje en La Fama, hacia otro puerto. La vida del abogado estaría más segura en Inglaterra que en sus propios pagos. Terminarían sus pesadillas donde se sentía perseguido. Ya había salvado su vida en 1809 cuando no siguió la suerte de Martín de Alzaga y sus asociados a los que se adhirió, según algunos pocos historiadores que discrepan con otros. U olvidaría la orden de fusilar a Santiago de Liniers y Bremond, héroe de la Reconquista, jefe de la flotilla española en el Río de la Plata, conde de Buenos Aires, sospechoso de ser un bonapartista, presuntamente instigado por los ingleses.

En Londres, el abogado se entrevistó con el primer ministro Canning, algunos dijeron que para cobrar honorarios por servicios prestados a la Corona otros, maliciosos, como una prebenda lisa y llana.

Se anglicanizó el nombre y apellido, afincándose en un pueblo cercano a Oxford, donde recomenzó sus estudios de derecho, con el privilegio de una especie de particular revalidación, merced a las influencias del primer ministro.

Ejerció su profesión y se ocupó de negocios de exportación a Sud América. En pocos años consiguió una sólida posición y prestigio social, además de haber tenido varios hijos con la dama que lo acompañó, con quien se casó por los ritos anglicano y en secreto por el católico. Su nombre, se dice, fue Elizabeth Wittingham.

Sin duda, Guadalupe, su enamorada esposa, como muchos, habrá creído que su

marido murió en alta mar. Algunos dicen, por exceso de un vomitivo que le facilitó el capitán que hacía a su vez de capellán y médico aficionado de a bordo. Mas se sospechó que hubiera sido envenado.

Se dijo que don José Martínez de Hoz, socio de Martín de Alzaga, comentó sentencioso: “Se me hace que no haya muerto...”, ambigüedad que fue comentada por cierto tiempo.

Su fiel hermano y albacea, volvió a Londres en 1832 como ministro plenipotenciario, aunque no se sabe si se encontraron o no, presumiéndose que lo deben haber hecho en secreto.

Llegó a una cómoda ancianidad. Murió luego de una viudez de diez años en su residencia cercana a Oxford, rodeado hasta de bisnietos, sirvientes y jardines, ese hombre, que según algunos, afirman que hasta su propio hermano Manuel, fue enjuto y picado de viruelas, que atestiguaría el único cuadro pintado por Juan de Dios Rivera.

A su tierra natal llegaron noticias de esta historia, a la que nadie dio crédito por fantasiosa. Para la posteridad el océano había sido su tumba, que en Inglaterra ostenta el nombre de Marian Monroe, 1778-1859.

Monroe, curiosamente, anagrama de Moreno, y Marian, apócope de Mariano.

Maese Gregorio
del libro *El premio de la reina y otros relatos* (ficción histórica) - 2008
Editorial Dunken: Ayacucho 357 - 1025 - Buenos Aires